

Faded text in the left column of the left page, likely bleed-through from the reverse side.

Faded text in the right column of the left page, likely bleed-through from the reverse side.

La toma de Granada

Don Fernando y Dona Isabel

La toma de Granada.

Faded text in the left column of the right page.

Faded text in the right column of the right page.

# La toma de Granada

POR LOS REYES CATÓLICOS

**DON FERNANDO Y DOÑA ISABEL.**

Cesse tuto o que a Musa antiga canta,  
Que outro valor mais alto se levanta.

CAMOENS. LUSIADAS, CANTO I.

## ROMANCE ENDECASILABO.

Era la noche, y el comun sosiego  
Por las opacas sombras se estendia,  
Y en medroso silencio los mortales  
Con el sueño olvidaban las fatigas.

En la hermosa ciudad que Jenil baña,  
Y el Darro con sus aguas fertiliza,  
Matizando sus cármenes de flores,  
De frescas flores que el abril envia,

Yace soberbio alcázar, cuya cumbre  
Del aire ocupa la region vacia,  
Palacio un tiempo del monarca moro,  
Que el regio trono granadino pisa.

Éste, olvidando con descanso dulce  
Cuidados que al espíritu fatigan,  
Tranquilo ocupa de su alcázar regio  
Oculta estancia en que el primor lucia.

Alta cornisa del metal precioso  
Que el claro Tajo en sus arenas cria,  
Robustas cimbras y estucados techos,  
Follajes varios y labores ricas.

Por el salon á trechos se miraban  
Mudas historias que el pincel dió vida,  
Sucesos grandes, célebres victorias,  
Claros héroes, hazañas inauditas.

En pedestales del mosaico estilo,

Que adornó singular mazonería,  
Formó diestro cincel del bando moro  
Los reyes, capitanes y califas.

De Osman y Alí, terror del Oriente,  
El mármol muestra la presencia misma,  
Del fuerte Ulit y el valeroso Muza,  
Y el gran conquistador de Palestina.

Sobre los otros elevado estaba  
Con regio ornato y majestad debida  
El mentido profeta, á quien Arabia  
Ciega venera, y en su fe confia.

Este miraba el Rey, cuando cubierto  
De asombro y miedo, vió que descendia  
Del alto asiento, y á su lecho llega  
De Mahomet la estatua muda y fria.

Tiembla, y al verla con airados ojos,  
Ni á hablar acierta, ni callar podia:  
Tres veces quiso huir de su presencia,  
Tres veces lo estorbó fuerza divina.

«¿Donde vas? dijo: ¿donde, desgracia-  
Monarca, evitarás la saña mia, [do  
Huyendo del que nunca desampara  
A los creyentes que en su amor se fian?»

Detente, y en el lecho á quien adornan  
Ricas alhombros, turcas alcatifas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

4066. 1625 MONTERREY, MEXICO

Reposa, y con el ocio entorpecido  
Las aficciones de tu reino olvida.

¿Qué importa que al furor del Nazareno  
Destrozadas se miren tus provincias,  
Tus vasallos ó muertos ó rendidos,  
Y la ciudad en bandos dividida?

Mientras Fernando tus castillos toma,  
Las vegas tala, arrasa las campiñas,  
Gustosos juegan Mazas y Gomeles  
En Bibarrambra cañas y sortija.

¿No bastan tantos golpes desgraciados,  
Tantas ciudades presas y vencidas,  
Tantos fuertes ejércitos deshechos  
Al furor de las huestes enemigas?

El que tuvo valor para oponerse  
En Lucena á sus gentes atrevidas,  
Haciendo ver cuanto á Castilla cuesta  
Humillar la potencia granadina,

¿Hoy fuerzas no tendrá, viéndose libre  
De la cadena que arrastró algun día,  
Para vengar su afrenta, derramando  
Del cristiano la sangre aborrecida?

Si la fuerza y las armas no sostienen  
La patria que á su estrago se avecina,  
¿De qué ha servido quebrantar los tra-  
Negar los pactos, y la fe rompida? [tos,

Borra, borra el baldón de haber firma-  
[do  
Las paces que detesto, envilecidas:  
Niegue el valor, y el pundonor anule  
Lo que otorgó la voluntad cautiva.

De tu resolución el universo  
Está pendiente, y en tu ardor confía:  
Por el su libertad espera el mundo,  
Y si no le defiendes, se arruina.

Pues el fiero español, si de este imperio  
Se apodera (¡oh Allah, no lo permitas!)  
Cual rápido torrente que del monte

Con impetu veloz se precipita,

Así, rompiendo de Tarif la puerta,  
Llegará audaz hasta la ardiente Libia,  
El gran sepulcro libraré de Cristo,  
Cautivando quizá la tumba mia.

Méjico la opulenta, recelando  
Su estrago, al Cielo súplicas envía;  
Y el Cuzco teme que cruzando el golfo,  
Pase tal vez á encadenar sus Incas.

¿Y tú darás lugar para que logre  
Los triunfos que soberbio premedita,  
Viendo las barras de Aragon triunfan-  
[tes  
En los blancos pendones de Castilla?

Cuando medroso en tu ciudad te  
[encierras,  
Temiendo el golpe de su diestra invicta,  
Él atrevido á vista de tus muros  
Otra ciudad levanta ¡qué ignominia!

Ya los Abencerrajes, que otro tiempo  
En bandos á la Corte dividían,  
No existen, ni tu padre te da enojos,  
Ni arma Muley traiciones á tu vida.

Persigue al que sacrilego persigue  
La verdadera ley, santa y divina:  
Nada receles, la victoria es tuya,  
Que el profeta de Dios te alumbra y  
[guia.

Yo haré que al ver tus fuertes escua-  
[drones  
La espalda vuelva en la marcial porfia,  
Y amontonando triunfos y despojos,  
Su vano orgullo aniquilar consigas:

Y pasando del Tajo la corriente,  
En la Corte imperial fijas tu silla,  
Después de haber deshecho en las As-  
[turias

La turba de sus gentes fugitiva.

Un nuevo Abderraman, y un nuevo  
[Muza  
Vendrá, que fiero su altivez oprima,  
Y otro Almanzor del templo de Santia-  
Renovará el incendio y la ruina. [go

La mezquita famosa toledana  
Mi indignacion reducirá en cenizas,  
Y en la noble imperial Cesaraugusta  
La imagen venerada de María.

El Coran se verá reverenciado  
Y la ley sacrosanta que predica,  
Desde Gijon á la distante Goa,  
Y de la Zeca á la feliz Medina.

Esto será, que así te lo promete  
El que pisa del sol la lumbre viva,  
A quien los Querubines acompañan  
Y las Dominaciones se le humillan:

Que ocupando ante Dios glorioso  
[asiento,  
Los claros astros á su planta mira,  
Y adornando la luna su turbante,  
Los luceros se apagan á su vista.»

Dijo: y al ir el Rey á responderle,  
Veloz de entre sus brazos se retira,  
Y á ocupar vuelve la animada estatua  
El pedestal robusto que oprimia.

Mientras en Santa Fe mira Fernando,  
Vistoso alarde haciendo su milicia,  
Al son de los clarines y atambores,  
Los caballos marchar é infantería,

Cuando del claro sol lucientes rayos  
A los objetos su color volvieran,  
Dorando en los soberbios pabellones  
Las banderas que el céfiro movía,

Bajo un rico dosel con perlas y oro,  
Que del Oriente empobreció las minas,  
Fernando é Isabel el trono ocupan,  
Alto campeón, castísima heroína.

En tanto que en el templo de la Fama,  
Venciendo á las edades fugitivas,  
Vuestros nombres en mármoles escri-  
[tos  
Causen al orbe admiracion y envidia,

Yo haré, á pesar del tiempo y del ol-  
[vido,  
Que su trompa sonante los repita,  
Y vuestras merecidas alabanzas  
Las hijas de Memnósine divinas.

Muéstranse alrededor del alto asiento  
Los príncipes y grandes de Castilla,  
Los Ponces de Leon y los Mendozas,  
Portocarreros, Laras y Mejías;

El que de Alhama el defendido muro  
Guardó á pesar de la morisma impía,  
Y con débil defensa reparado,  
Burló su muchedumbre descreída.

Pacheco y el Guzman van á sus lados,  
Que dos robustos potros oprimian,  
Mostrando el noble varonil semblante,  
Alzada la luciente sobrevista.

Del jóven de Alba la tristeza muestran  
Las pavonadas armas que vestía:  
Negro el plumaje sobre el alto almete,  
Peto y escudo, cinturón y hebillas.

El que escalando de Guadix el muro  
Horror y asombro fue de la morisma,  
Y el que llegando hasta Granada,  
[puso  
El Ave de Gabriel en su mezquita.

Cárdenas y Alburquerque, y el famoso  
Córdoba, lustre de la patria mia,  
Terror del moro, de la Italia espanto,  
Estrago de las gentes enemigas:

Lujan se ofrece á la dudosa empresa  
Con doscientos ginetes que acaudilla,  
Que el Manzanares entre musgo y alga  
Miró nacer en la feliz orilla.

¡Oh patrio suelo! si al acento mío  
Prestar Apolo quiere melodía,  
Y se digna tal vez al rudo canto  
Dar nuevo ardor, dulceísona armonía,

Yo sabré levantar el nombre tuyo  
A la esfera que Vénus ilumina,  
Enalzando mi voz no disonante  
Tus blasones y glorias inauditas,

Pues para trono del mayor Monarca  
La suma Omnipotencia te destina,  
Y el sol para alumbrar tu vasto imperio  
A Eton fogoso y á Flegon fatiga.

El valiente doncel, que en tiernos años  
Venció del moro la arrogancia impía,  
Colocando en su escudo por trofeo  
El nombre que ultrajaba de MARÍA,

Del gallardo Aguilar ocupa el lado:  
Aguilar, cuya espada vengativa  
Del infiel Mahandon traspasó el pecho,  
Librando la inocencia perseguida.

Hacen Benel Farax Abencerrage  
Lucida escuadra de su gente guía  
En térdas yeguas que produce el Betis,  
Y á su veloz corriente desafían.

Blancos bonetes con azules plumas,  
En las adargas la comun divisa,  
Corvos alfanges, largos alquiceles,  
Robusto aspecto, y la color cetrina.

El fuerte capitán, que de Lucena  
Defendió la muralla combatida,  
Derramando al impulso de su diestra  
La sangre del infiel Ismaelita,

Muestra en su escudo entre cadenas  
[preso

Al Monarca que audaz le resistía,  
Y los nueve estandartes matizados  
Con caracteres árabes y cifras.

¡Cuanto esclarecidos capitanes,

Que ganaron victorias inauditas,  
Delante de Fernando se presentan!  
Cántalos tú, Parnáside divina:

Su nombre ensalza, su valor y esfuerzo,  
Por quien se vieron rotas y vencidas  
Las escuadras de Agar, que el dogma  
[siguen  
Del fermentado esposo de Cadiga.

Fernando al verlos: «Claros campeones,  
Dice, blason de la corona mía,  
Por cuyo diestra las cristianas cruces  
Sobre el Alhambra se verán tendidas,

Ya llegó el tiempo en que mireis cerca  
De esa ciudad rebelde la ruina, [na  
Y en premio de fatigas tan dichosas  
Laurel eterno vuestra frente ciña.

Desde que en Zahara combatiendo el  
[muro  
Rompió Muley Hacen la union amiga,  
Hasta que Boabdeli preso y rendido  
Firmó la paz, que hoy niega su osadía,

¡Cuántas veces, dudosa la victoria,  
Espusisteis por ella hacienda y vida,  
Ya combatiendo en Baza las almenas,  
Ó en el alto peñón de la Axarquía!

Málaga os vió con ánimo invencible  
Contrastar al feroz Abenconixa:  
Y Dordux, recelando el golpe duro,  
Os entregó su fuerza destruida.

Muley Abohardil, tirano injusto,  
Desamparó á Guadix con Almería,  
Y de Huescar á Ronda vuestra espada  
Estrago fue y horror de la morisma.

Aun hay mas que vencer: á vuestro  
[brío

Es corto triunfo esa ciudad vecina;  
Mas es fuerza juzgar su rendimiento  
Como principio de mayores dichas.

Desde que Febo, visitando el Toro,  
Volvió á los campos la estación florida,  
Hasta que en Capricornio retirado  
Iluminó desconocido clima,

Sufre Granada el dilatado cerco,  
De fuerzas y poder destituida:  
Mas ¡oh cuan presto la hollará mi planta  
Si ayuda vuestro ardor la intencion  
[mia!

De hoy mas vuelva á sufrir nuevos  
[afanes,  
Nuestros ginetes talen sus campiñas,  
Y la sangre de Sarra se derrame  
En las escaramuzas repetidas:

Que el Cielo, que hasta aquí miró pro-  
[picio  
El éxito feliz de su conquista,  
Verá gustoso fenecer el nombre  
Del que tanto ofendió su ley divina.

Dios, sí, Dios mismo de rigor armado  
A nuestros brazos servirá de guía,  
Porque ganando su sepulcro santo,  
Se mire el Asia á nuestro pie cautiva.»

Dijo, y sordo rumor el campo ocupa,  
Que el nombre de Fernando repetía:  
Todos al duro asedio se aperciben,  
Acusando las horas de prolijas

Suena confuso estrépito: el soldado  
Se viste el espaldar y la loriga,  
Y al apretar las cinchas el ginete,  
El caballo beligeró relincha.

Ya corren por la vega dilatada,  
Que el Jenil baña con corriente fría:  
Los campos quemados, roban el ganado,  
Huye el pastor á la contraria orilla.

Tristes gemidos é incesante lloro  
En la infeliz ciudad el aire hendían:  
El vulgo corre temeroso y ciego:  
Deja el muro y ocupa la mezquita.

Así venciendo Vespasiano y Tito  
Los fuertes muros de la sacra Elia,  
Esta lloró su mísera desgracia  
Con hambre y fuego y muerte destrui-  
[da.

Boabdeli, de valor y fuerzas falto,  
Al Albaicín medroso se retira:  
Dudoso al escuchar consejos varios,  
Entre opuestos dictámenes vacila.

Quien le aconseja que la gente anime,  
Tienda al aire las árabes insignias,  
Salga á campaña, y en batalla dura  
Al enemigo intrépido resista.

Quien pretende, primero que ren-  
[dirse,  
Que en llamas arda la ciudad querida,  
Dando la vida al tósigo y al hierro,  
Cual los de Astapa ó la Sagunto anti-  
[gua.

Cuando Zelim-Hamet, gallardo moro,  
Que el sexto lustro de su edad cumplía,  
Arabe en patria, Aldoradín ensangre,  
Hijo de Abenhuacen y Geloira:

Negra la barba y el color tostado,  
Sangrientos ojos de espantable vista,  
Robustos miembros, corto de razones,  
Diestro en el arco, cimitarra y pica:

«Locura es, dijo, en pareceres varios  
Perder el tiempo, que veloz camina,  
No habiendo fuerzas, ni ocasión, ni  
[gente  
Para librar la patria que peligrá.

¿Espondremos acaso á una batalla  
La feliz libertad que tanto estima,  
Cuando de España la potencia junta  
Procura con tesón nuestra ruina?

No, no es justo, ni en este medio solo  
La pública salud se encierra y cifra:  
Una astucia rompió de Troya el muro,

No Agamenon ni Aquiles de Larisa.

Yo ofrezco, apenas el luciente Apolo  
Huya las sombras de la noche fria,  
Hacer que el campo del contrario fiero  
Con incendio voraz vuela en cenizas.

La confusion, el sobresalto y miedo,  
El sueño, que los miembros debilita,  
Las llamas y la noche harán felice  
La heroica accion, si Boabdeli la anima.

—Si, yo la apruebo,» dijo, y de los  
[hombros

En muestra de su amor al punto quita  
El precioso alquicel, que el moro admi-  
Doblando reverente la rodilla. [te,

Vistese al punto las lucientes armas,  
Que el oro y el cincel enriquecian,  
En quien mostró su perfeccion el arte,  
Que á Gradivo tal vez dieran envidia.

En el turbante el acerado casco  
Al herirle la luz rayos envia,  
Luna pequeña y afolladas tocas,  
Con un penacho verdegay encima.

El dilatado borcegui guarnecen  
Dorados lazos y labores ricas,  
Y el alquicel en el siniestro lado  
Con plata y borlas resplandece y brilla.

Del ancho tahali se ve pendiente  
La cimitarra fuerte damasquina,  
Que ciñó al lado Abenhozmin su abue-  
Cuando á servir á Soliman partia. [lo

La istriada lanza acomodó en la cuja  
Que cual un mimbres el bárbaro blan-  
A cuyo golpe en desigual pelea [dia,  
Felipe de Aragon perdió la vida.

Pintó en la adarga de Azamor el moro  
Herido un corazon que en fuego ardia,  
Y en campo azul alrededor escrito:  
*Si mas pudiera dar, mas te daria.*

La rica manga adorna el diestro lado,  
Que de aljofar bordó y argenteria  
Con cifras de su nombre Zelidora,  
Que ausente dél en Tremecen vivia.

De un tostado alazan oprime el lomo  
De largas crines y cabeza erguida,  
Pecho espacioso y espumante boca,  
Y dócil á la rienda que le guia.

Parte su dueño en la callada noche  
De la famosa Iliberis antigua,  
Sus muros deja atrás y capiteles,  
Y al enemigo campo se avecina.

Hórridas sombras, ocupando el suelo,  
Al intento mejor favorecian:  
Muda quietud al sueño convidaba,  
Y el Darro suspendió la clara linfa.

Cuando, al atravesar raudal pequeño,  
Que del vecino monte descendia,  
Sintió pisadas, y de rato en rato  
Templadas armas que al mover cru-  
[jian.

Refrena el paso el arrogante moro,  
El freno y el aliento detenia,  
Al ver ya cerca un caballero armado,  
Que en ligero tropel tras él venia.

Sale á encontrarle, y previniendo el  
[asta,  
«¿ Quien eres? dijo: ¿ donde te encami-  
[nas?

Di si eres granadino ó castellano,  
Y cual es el intento que te guia.

—Soy granadino, respondió; y si acaso  
De tu amor y tu sangre no te olvidas,  
Tu primo Zuleman es quien te sigue,  
Y la justa venganza quien le anima.

Tú sabes bien que en la pasada luna  
Mató á mi hermano en esta vega misma  
La dura lanza del Guzman valiente,  
Impio verdugo de agarcenas vidas.

Sabes que era mi hermano malogrado  
La esperanza y blasón de la morisma,  
Señor de Alhora, de Carthama alcaide,  
Caudillo y Alhagib de su milicia.

Sabes cuanto lloré la injusta muerte,  
Sabes cuanto perdió la patria mia,  
Y que del homicida la cabeza  
Prometí presentar á Belerifa.

Tres veces ciento alárabes ginetes  
El bosque oculta, que á la seña misma  
Intrépidos cercando los reales,  
La accion acabarán que determinas.

Contigo vengo á que morir me veas  
A manos del que causa mi desdicha,  
O á que, logrando la venganza, vuelva  
A consolar la pena que origina.»

Abrázale Zelim estrechamente,  
Y defendidos de la sombra amiga,  
Este se acerca al campo y pabellones,  
Y aquel la retirada prevenia.

Introducido por oculta senda,  
Calada cuerda al pabellon aplica  
Do reposa Isabel, y al verle ardiendo  
Con voraz llama, el moro se retira.

No de otra suerte los soberbios muros  
Quemó de Troya la maldad argiva,  
Ni menos confusion causó el estrago  
Que en el campo cristiano se estendia.

Bajan ardiendo de la escelsa cumbre  
Ardientes leños, máquinas erguidas,  
Cual en las altas escarpadas breñas,  
A quien el Tajo aurífero salpica,

Al fiero impulso de huracan horrendo  
De uno en otro peñon se precipitan  
Rudos peñascos, y al terrible golpe  
Huyen al centro temerosas ninfas.

Salta del lecho intrépido Fernando:  
Su presencia á los débiles anima:

Manda al de Cádiz que al encuentro  
[salga,  
Por si alguna traicion se prevenia.

Suelta la crencha dilatada de oro,  
Que un matizado trancelin prendia,  
Cruza Isabel armados escuadrones,  
Cuya industria apagó la llama activa.

Zuleman, que advirtió salir armada  
La gente que el de Cádiz acaudilla,  
Vuelve la rienda, y hácia el bosque  
[parte  
A prevenirlo al comenzar el dia.

El Ponce de Leon, que desde lejos  
Las armas vió reverberar bruñidas,  
Y el ancho escudo del gallardo moro,  
Parte á alcanzarle y al caballo pica.

Mas viendo la distancia, alta la diestra  
Con impulso feliz la lanza tira,  
Que por el viento rechinando cruza,  
Cual flecha de la cuerda despedida.

Vuelve el moro veloz mirando cerea  
El duro hierro que hácia sí venia:  
Mas ¿ quien pudo borrar de las estrellas  
El influjo fatal que le domina?

Quiso evitar el golpe; mas rompiendo  
El fresno herrado la coraza fina,  
De roja sangre matizó las flores,  
Cayó en la yerba la color perdida.

No de otra suerte á su galan Adonis  
Miró difunto Vénus Ericina,  
Cuando en Chipre su muerte  
[lamentaron  
De sus bosques las bellas hamadrias.

Cual blanco azar, ó débil azucena,  
Que del tronco apartó mano lasciva,  
Que poco á poco la hermosura pierde,  
El cuello tuerce, y el frescor marchita

Así, exhalando el último suspiro,

Los ojos ciera en tristes agonías:  
Revuélcase muriendo, y se estremece,  
Y el alma baja á la tartárea orilla.

Hamet, que viendo el caso lastimoso,  
Batió la espuela y aflojó las bridas,  
En venganza y furor y saña ardiendo  
Con ronca voz: «Cristiano, le decia,

Si juzgas que la sangre de mi primo  
En tiernos años sin piedad vertida,  
Con la tuya, á pesar del universo,  
No la podré vengar, mal imaginas.»

Y arremetiendo cual ardiente rayo,  
La peligrosa lid acabaria  
Si en menos fuerte escudo diera el  
Que atronó las cavernas convecinas.

Rota la lanza, con la espada embiste:  
Ciego de enojo el moro combatia,  
El alquicel arrastra por la arena,  
Que el potro al revolver desgarrá y pisa.

Cual en el ancho circo matritense  
Con medrosa atencion la plebe admira  
Robusta fiera que bebió el Jarama,  
Que el jóven andaluz acosa y lidia;

Así, burlando al moro granadino,  
El cristiano sus golpes detenia:  
Aquel le sigue, y este levantando  
La poderosa espada vengativa,

Tal golpe descargó con brazo fuerte  
Sobre las plumas y cimera altiva,  
Que juntas se estamparon en la arena  
Penacho verdegay, bonete y cintas.

No vuelve mas veloz manchada tigre  
Al flechazo que el árabe le tira,  
Que el moro al golpe, del pavés  
Alta la diestra, en roja sangre tinta.

Quiso al contrario dividir de un golpe:

Llega, da, hiere; y en la lid reñida  
Ninguno de los dos fuertes soldados  
A su enemigo superior se mira.

Mas viendo el Ponce á un lado ya  
La mora gente, y bárbaras insignias,  
Y al otro en las banderas sus leones,  
Señales de su tercio conocidas,

De punta á puño le metió la espada,  
Que al querer su enemigo resistirla,  
Cayó difunto del arzon al suelo,  
Abierto el pecho en penetrante herida.

No de otra suerte encelado arrogante  
Del rayo herido de la luz divina,  
Precipitándose de monte en monte,  
Cayó oprimiendo el suelo que cubria.

Ya de añafiles y atabales roncós  
Confuso estruendo militar se oia,  
Y en lid sangrienta entrambos  
Por su ley y su patria combatian.

Rodrigo parte, y en la turba mora  
Tal estrago ocasiona su cuchilla,  
Cual entre simples timidas palomas  
Garra y pico voraz de águila altiva.

Los fuertes capitanes granadinos,  
Que en la vega mostraron algun dia  
Su esfuerzo, hoy dejan con la muerte  
Su patria opresa, y su nacion cautiva.

Unos con otros en atroz desórden  
El tremendo combate sostenian,  
Causando á un tiempo en una y otra  
Con igual confusion muertes distintas.

Mas embistiendo por el diestro lado  
Nuevo socorro que Fernando envia,  
El Darro en sangre coloró sus aguas,  
Marlotas y almayzares revolvia.

Ya la escuadra de Agar la espalda  
Precipitada con veloz huida,  
Dejando el campo de despojos lleno,  
Que bárbaros cadáveres cubrian.

Boabdeli, que advirtió destrozo tanto,  
Sus huestes ahuyentadas y vencidas,  
El enemigo cerca de los muros,  
Y sin defensa la ciudad querida,

Maldice airado del Profeta suyo  
Las promesas, que ya fallidas mira,  
Viendo á Fernando que triunfante  
Y el difícil asalto premedita.

La cristiana Amazona que le sigue,  
Su intento aprueba, y á su gente  
Corona el muro desarmada gente,  
Y al cielo sube inmensa voceria.

Suena el clarín belígero, y apenas  
Las tropas á embestir se prevenian,  
Blanca bandera el Albaicín tremola,  
Las puertas abre la ciudad vencida.

Entre las armas el Monarca moro  
Busca á Fernando, y á sus pies se  
«Cidi, venciste, reverente dice:

Tuyo es mi reino ya, tuya es mi vida.

—Alza, le dijo: en mi bondad piadosa  
Perdon hallar podrá tu rebeldia,  
Vivirás como rey y amigo mio,  
Pues supiste aplacar todas mis iras.»

Marcha á Granada el campo: el  
Lágrimas derramando de alegría,  
El nombre de Isabel y de Fernando  
Levanta al cielo en repetidos vivas.

En pebeteros del Oriente humea  
Fragante incienso que la Arabia cria;  
Cubren las calles y edificios altos  
Tapetes persas con alhombros chinas.

El sucesor invicto de Pelayo  
Y la escelsa Matrona de Castilla  
Triunfantes entran, la cerviz pisando  
Del bárbaro poder y la herejia.

La Fe y la Religion iban delante,  
Que dirigieron la feliz conquista,  
Arrollando moriscos estandartes,  
Y eclipsando las lunas enemigas.....

Cante otro lo demas, si á objeto tanto  
Menos puede bastar que voz divina;  
Pues fatigada del asunto heróico,  
Enmudece esta vez la trompa mia.